Conversación en Pamplona con José Orlandis

Enrique DE LA LAMA

El Prof. Orlandis pertenece a ese género de personas que después de los años se sigue ocupando en llevar a cabo las cosas soñadas en su juventud. Quien le haya tratado alguna vez no necesitará que se lo demuestren. Por lo demás ahí están sus tres libros de recuerdos autobiográficos que respiran frescor [1]. Pero —cuando le he pedido que me conceda una entrevista— yo le he advertido que no va a ser una especie de examen biográfico: y creo que me lo ha agradecido. Será una sencilla conversación descomprometida: o sea, con el único compromiso por mi parte de dejarle hablar al hilo de sus recuerdos. Por eso respetaré por entero su estilo coloquial. Me limitaré a sugerirle cuestiones.

---

1. Me refiero a J. ORLANDIS ROVIRA, *Años de juventud en el Opus Dei*, Rialp, 2 ed. Madrid 1993. —ID., *Memorias de Roma en guerra (1942-1945)*, Rialp, Madrid 1992.— ID., *Mis recuerdos. Primeros tiempos del Opus Dei en Roma*, Rialp, Madrid 1995. Por lo demás la producción bibliográfica y del Prof. Orlandis es extensísima. Es al presente uno de los catedráticos más antiguos de la Universidad Española. «Está considerado —son palabras del Prof. Alberto de la Hera— como el principal especialista actual en la historia de los visigodos españoles, y sus publicaciones en este campo son tan numerosas como definitivas». En la imposibilidad de compendiar siquiera en este espacio una perspectiva de su trabajo —estudios sobre Historia del Derecho, Historia de la Iglesia, ensayos sobre Teología de la Historia, obras de síntesis histórica, Espiritualidad— me remito a Josep-Ignasi SARANYANA y Eloy TEJERO (dirs.), *Hispania Christiana. Estudios en honor del Prof. Dr. José Orlandis Rovira en su septuagésimo aniversario*, EUNSA, Pamplona 1988, donde se recoge el amplio elenco de sus obras. —Y también, M. J. PELÁEZ (dir.), *Orlandis 70. Estudios de Derecho privado y penal romano, feudal y burgués*, en «Boletín semestral de Derecho privado especial, histórico y comparado del Archivo de la Biblioteca Ferran Valls y Taberner», I/2 (1988).— Cfr. et. Juan Ignacio AGUIRREZABALA ELÓSEGUI, *La Iglesia en la Historia. Vida, obra y doctrina del Prof. José Orlandis*, Tesis Doctoral defendida en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1993, *pro manuscripto*.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Esto es lo que pienso —lo que voy repasando— mientras entro en el Edificio de Bibliotecas —en el Campus de la Universidad de Navarra— y me dirijo al fondo de la planta baja donde se halla el Seminario de Historia de la Iglesia. Son las cinco en punto de la tarde —la hora convenida— y el Prof. Orlandis es siempre puntual. La puntualidad forma parte de esa 'humanitas' que le distingue.

Pregunta. Vd. vivió en Roma durante la II Guerra Mundial. Rossellini ha inmortalizado una imagen de *Roma, città aperta*, que obliga a preguntarse si en circunstancias tan duras era aún posible hacer amistades nuevas o vivir la aventura universitaria que exige tanta serenidad. Vd. hizo entonces amistad con el Prof. Pier Silverio Leicht.

Respuesta. Pues efectivamente yo creo que es verdad que el trabajo intelectual requiere serenidad; pero en aquella Roma tan agitada y tan turbulenta era posible encontrar un remanso de paz. Y un remanso de paz era la Biblioteca Vaticana. Había que cruzar ciertamente una especie de líneas fronterizas: allí estaban los paracaidistas de la Wehrmacht —en el límite de la Plaza de San Pedro, de la columnata—. Había que cruzar entre ellos, había que pasar luego la Puerta de Santa Ana con los suizos..., pero después ya se entraba en un lugar de trabajo tranquilo, donde parecía que el mundo había quedado, no digo cristalizado, pero sí aislado de toda la turbulencia exterior. Y aquellos años, pues... podían ser años de trabajo, yo creo que bastante fecundo. Recuerdo que en esta época en mi trabajo científico pude llevar adelante dos investigaciones extensas sobre Historia del Derecho Penal: *El concepto del delito en la Alta Edad Media* y *Las consecuencias del delito en la Alta Edad Media*; y luego otra que fue con el tiempo mi tesis en Canónico y que, además, fue como la vía de acceso, la entrada en un campo nuevo, que era justamente el campo de la Historia del Monacato Medieval, especialmente de las instituciones monásticas. En la Vaticana preparé ese estudio que luego fue —como digo— mi tesis en el Laterano, sobre la *Traditio corporis et animae*, esto es la vinculación de los laicos a los monasterios medievales.

Y todo eso fue posible hacerlo a pesar de que en el exterior sucedían toda suerte de acontecimientos y que yo veía pasar y veía desfilar, como una cabalgata, unas secuencias de situaciones distintas: la fascista —que pude todavía vivir durante 8 ó 10 meses—, la época liberal de Badoglio —en el verano del 43—, el armisticio con los Aliados —por el cual Italia se descolgaba de la guerra—, la época larga de *Roma, città aperta*, porque el armisticio del 8 de septiembre fracasa y Roma es ocupada por los alemanes; y luego, la llegada de los Aliados, la ocupación de Roma por americanos, ingleses, la permanencia en Roma —un año y medio más— bajo la ocupación aliada. Ese trabajo científico fue posible, viendo cómo esos acontecimientos se desarrollaban, desde el ambiente sereno y tranquilo de la Biblioteca Vaticana.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

También, en efecto, era posible en aquella época y en medio de aquellos acontecimientos el hacer amistades nuevas. Contraje una amistad verdaderamente entrañable con el Prof. Pier Silverio Leicht.

Pier Silveri Leicht era el catedrático de Historia del Derecho Italiano de la Universidad de Roma y el indiscutible jefe de la escuela de Historia del Derecho Italiano. Era una persona verdaderamente excepcional en todos los sentidos. Era un hombre del Norte —de ahí viene el apellido—: él era austro-italiano, del Friuli, de Cividale —ahí es donde tenía él su arraigo familiar—. Y tuve con él, como digo, una gran amistad —no sólo en el plano científico, sino también en el plano personal—: fui muchas veces a su casa, conocí a su familia, hice también amistad con su yerno que también era catedrático de Historia del Derecho —el Dr. Carlo Guido Mor— que luego fue Rector de la Universidad de Módena. También a través de Leicht hice amistad con otros profesores, incluso no historiadores del Derecho. Recuerdo uno al cual tuve ocasión de conocer en casa de Leicht —y luego en su propia casa—, que fue un gran historiador del Derecho Romano, Pietro de Francisci, Rector de la Universidad de Roma y que tiene obras fundamentales en la Historia del Derecho Romano, por ejemplo, los *Arcana Imperii*, una obra monumental sobre los orígenes de Roma y del Derecho Romano.

P. Cómo era Pío XII. Cómo era Mons. Montini. ¿Tenía éste último alguna opinión precisa acerca del quehacer histórico? ¿O no hablaron de este asunto? Sobre su trato con ambas personalidades.

R. Yo pienso que Pío XII era un hombre profundamente preocupado por la ciencia y por la relación entre la ciencia y la fe. En eso seguía la pauta trazada por su predecesor, Pío XI, que dio un gran impulso a la Academia Pontificia de las Ciencias. Yo recuerdo haber asistido —debió de ser por el invierno de 1943, a principios de año— a la reunión plenaria de la Academia Pontificia de las Ciencias. Estaba el Papa, estaba también el P. Gemelli —que era entonces el presidente de la Academia—. De España había venido el único académico español que entonces había, el Prof. García Siñériz, geofísico muy insigne y conocido entonces en Europa y en todo el mundo científico. Pude comprobar cómo, a pesar de las circunstancias y de la guerra, Pío XII tuvo interés y consiguió el que se realizase esa reunión plenaria de la Academia, en la *palazzina* de Pío IV, a la cual tuve yo ocasión de asistir.

En otros aspectos de su personalidad, yo diría que el Papa Pío XII, con su aspecto impresionante, en apariencia un poco hierático, majestuoso, era sin embargo un hombre profundamente humano. Y tuve ocasión de comprobar esto con ocasión de o, mejor dicho, en la oportunidad de las audiencias que tuve con él: audiencias personales, audiencias especiales —como se llamaban entonces en el argot de la Curia Romana— y que eran audiencias a solas. En la primera, recuerdo el afecto paternal con que nos trató a mí y a Salvador Canals, que fuimos juntos

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

a visitarle y fue cuando nosotros le informamos acerca del Opus Dei: una información que acogió con enorme interés, con una gran simpatía y con un afecto paternal.

De su propia personalidad humana tuve otra ocasión de contemplar, de conocer un nuevo aspecto, unos años más tarde, en la audiencia que tuve con él en julio del 45. Acababa de terminar la Guerra Mundial y todas las informaciones de la prensa internacional —de la italiana, de la francesa, de la americana, de la inglesa— por aquellas semanas del verano, hablaban en tonos tremendamente preocupantes sobre la suerte que le esperaba a España. España en cierto modo era una especie como... de supervivencia. Podía parecer que los vencedores de la guerra no habían de tolerar que se mantuviera, que continuase así. Se decía que España iba a ser objeto de una presión internacional fortísima, incluso de una ocupación militar, de un ataque armado por parte de los Aliados. Y eso, hay que tenerlo en cuenta, era cuando aún estaba muy fresca la memoria de la Guerra Civil y muy abiertas las heridas que la guerra había dejado. Pues bien yo recuerdo que, el día en que fui a ver a Pío XII en aquel verano, la prensa venía con noticias especialmente alarmistas, especialmente preocupantes. Y vi al Papa realmente angustiado. Fue lo primero que, de entrada, le oí. «¿Qué va a pasar en España? ¿Qué va a pasar en España?» Y recuerdo que insistía, decía: «¡Con tanto sufrimiento como ha habido..., con tantos mártires como ha habido..., ¿qué va a pasar, qué va a pasar con España!?» Por tanto, ese era un aspecto, yo diría, muy humano: el sufrimiento que el Papa sentía ante la suerte que podrían correr la Iglesia y el cristianismo y el pueblo en un país tan querido para él como era España.

Estos son dos rasgos, que recuerdo de la personalidad de Pío XII en mis audiencias personales. En lo que se refiere a la Historia no traté especialmente con él. Aunque —sí insisto— la preocupación por la Ciencia la pude comprobar a través de la reunión de la Academia Pontificia, en unas circunstancias tremendamente difíciles.

Con Mons. Montini tuve conversaciones más extensas que con Pío XII y más frecuentes. Le vi una serie de veces. Ibamos siempre a verle Salvador Canals y yo. O casi siempre. Yo no recuerdo ahora que hablásemos especialmente del quehacer histórico. Él se preocupaba mucho por nuestro trabajo universitario. Seguramente le informamos de lo que estábamos haciendo. Salvador Canals, entonces, y yo estabamos con el trabajo propio —cada uno el nuestro—, de investigación científica. Canals, en Derecho Mercantil, en la Universidad de Roma; y yo, en Historia del Derecho en la Biblioteca Vaticana. Y, por otra parte, también cursábamos —a partir de octubre del 43— la licenciatura y luego el doctorado en Derecho Canónico en el Laterano. De eso le informábamos y le hablábamos siempre con bastante extensión. Pero... —como digo— más que del ayer con Montini tratábamos del hoy, un poco del presente y sobre todo del futuro, porque eso era lo que a él especialmente le interesaba y le apasionaba. Él tenía una gran preocupación por el

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

futuro de la Iglesia en los tiempos nuevos. Por el futuro cristiano de un mundo en una época de tremendos cataclismos y de grandes cambios.

Sentía además una especial preocupación y un marcado interés por los universitarios. No olvidemos que él había sido consiliario de la FUCI en sus tiempos de joven sacerdote. Cuando yo le conocí era todavía joven, pero aún lo había sido más. Casi su primera actividad sacerdotal consistió en ser asesor y consiliario de los estudiantes católicos italianos. Y de ese interés, de ese afecto hacia los universitarios derivaba, yo creo, el afecto que sintió desde el principio por el Opus Dei, el grandísimo interés que tenía por la Obra deseando conocerla más a fondo; y de ahí también, las incitaciones que recibíamos para comenzar cuanto antes la labor. Nos decía que no dejásemos de transmitir al Fundador de la Obra la urgencia de empezar a trabajar en Italia.

Me viene a la memoria un detalle muy revelador de cómo era Mons. Montini: pude comprobar... que era un hombre que hacía las cosas en serio y que procuraba afrontar los problemas con toda seriedad y con toda responsabilidad. Me comentó, por ejemplo, que agradecía y que aprobaba especialmente que cuando iba a verlo llevase la agenda... y en la agenda, el guión de los temas que yo trataba de hablar en la entrevista. Eso le agradaba mucho. Es el no ir así... a lo que saliera, sino ir a plantear y a tratar de una serie de temas pensados previamente. Eso a él —como digo— le parecía una muestra de cortesía y un indicio de seriedad.

P. Fray José López Ortiz —catedrático de Historia del Derecho, perteneciente a la «escuela de Hinojosa»— dirigió su tesis doctoral. Esta elección ¿fue más bien circunstancial o significaba una apuesta por el quehacer histórico? ¿Qué era y cómo se proyectaba la «escuela de Hinojosa»?

R. He de decir que yo hice la carrera de Derecho. Y a mí el Derecho, en concreto el Derecho privado y el Derecho positivo no me gustaban... prácticamente nada. Tenía mucha más afición a la Historia. Y entonces como solución de compromiso entre la Historia —que era mi afición— y el Derecho —que era mi carrera— pensé que la Historia del Derecho era aquella rama de los estudios jurídicos más próxima a mis aficiones. Y así, tomé el partido o la decisión —fue una decisión, porque estuve dudando— de hacer la carrera universitaria, es decir, de iniciar la carrera, el camino de la cátedra —que era un camino relativamente largo—. Pero, estuve dudando entre eso o hacer la carrera diplomática, que también entonces me atraía mucho —porque el Derecho Internacional era, de las otras disciplinas jurídicas, la que más interés me suscitaba... —. Pues bien, una vez que opté por la Historia del Derecho, al ir a Madrid en febrero del año 1940 fui a conocer a López Ortiz, que era catedrático de Historia del Derecho en la entonces Universidad Central. Estaba Galo Sánchez —que era un viejo maestro—, estaba Torres López y... López Ortiz, que era aquél con el cual yo conecté y que fue

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mi maestro indiscutible en el quehacer universitario. Era un hombre verdaderamente excepcional. Yo creo que es de los hombres más inteligentes que yo he conocido; y de los más interesantes. Había llegado a la cátedra, siendo fraile agustino, en el año 1934, es decir, en pleno ambiente de la Universidad de la República. Basta recordar cuál era el ambiente español y especialmente el universitario en aquellos años de la República para hacerse idea de cuánto debía valer este hombre para que la Universidad le recibiera con los brazos abiertos y que un fraile agustino pudiera ganar la cátedra de Historia del Derecho de Santiago en 1934. Insisto en que él ha sido uno de los hombres más inteligentes que yo he conocido. Un verdadero maestro, cuya capacidad de magisterio se traducía también en que dejaba mucho campo libre al alumno, al estudiante, al discípulo.

Recuerdo que cuando fui a decirle que deseaba empezar una tesis doctoral y a preguntarle qué temas me sugería, me contestó que fuese yo quien le propusiera los temas. Yo le propuse un tema. No fue luego el de la tesis; pero fue un tema que le sorprendió. Por azares de la guerra yo había estado una serie de meses en la isla de Menorca al final de la contienda y allí se me ocurrió pensar —y me interesaba, aunque no pude entonces investigarlo— el problema de cuál sería el Derecho vigente en Menorca en el siglo XVIII: es decir, mientras Menorca fue una colonia inglesa; y, después, cuando también durante una serie de años perteneció a la Corona francesa. Se lo planteé a Fr. José y él se quedó sorprendido y creo que eso fue un tema que le agradó. Pero, me dijo, con toda razón, que en la escuela de Historia del Derecho, el principiante —como lo iba a ser yo— tenía que demostrar su valía en el espacio de moda en la historiografía jurídica española de entonces, que era la Historia jurídica medieval. Y me habló, como tema de tesis, de la *prenda*: *La prenda como procedimiento coactivo en el proceso medieval*. No me dio demasiadas facilidades. Me dijo: «léete unas páginas de Hinojosa en *El elemento germánico del Derecho español*»; luego fuimos al seminario Ureña, cogió un ejemplar del *Fuero de Oviedo*, y me enseñó un texto, uno de esos textos que parece que no dicen nada, donde se hablaba del *prendar*, de *pignorare*: la *prenda* tomada, no la *prenda* entregada; y me dijo: «¿ves esto?: pues esto es la *prenda*. A ver si empiezas tu investigación por todas las fuentes posibles y podemos así reconstruir esta institución». Me metí a trabajar... Él me pedía a menudo cuentas del trabajo... hasta que un día, al cabo del tiempo, quedamos en reunirnos en El Escorial con lo que yo había escrito. Se lo entregué. Lo revisó durante varias horas. Al fin me dijo unas palabras muy escuetas. «Hay tesis. Puedes presentarla». La presenté y efectivamente saqué mi doctorado.

Fr. José era un hombre que pertenecía a esa Escuela de Hinojosa, sobre lo que también tenías interés en saber algo. La Escuela de Hinojosa toma su nombre de Eduardo de Hinojosa, que fue un historiador de las instituciones, de principios de siglo. Es el introductor de la germanística en la Historia Medieval española. El fue un gran maestro que, además de escribir trabajos que han quedado

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

para siempre, formó una serie de discípulos. La primera generación de discípulos fue la de Don Claudio Sánchez Albornoz, Galo Sánchez y Ramos Loscertales. Esta puede decirse que fue la primera generación y ellos sus tres discípulos inmediatos. Luego vino la segunda generación, en la cual estaban López Ortiz, Torres López, Valdeavellano, García Gallo, Prieto Bances, etc...

Se llamó la 'Escuela de Hinojosa' en atención al fundador y, además, porque aquel era un auténtico fenómeno de 'escuela'. Yo pienso que en la Universidad y en el mundo científico español de antes de la guerra civil fenómenos de escuela en el campo de las Humanidades no ha habido más que dos: una fue la 'Escuela de Estudios árabes', los arabistas hispánicos; otro la Escuela de Historia del Derecho, la 'Escuela de Hinojosa'. No había más.

La existencia de una 'escuela' era una cosa que tenía —yo creo— más ventajas que inconvenientes. Muchas más: porque era el no ir a ciegas, era... hacer la preparación vigilada y controlada por una serie de maestros. Hasta el punto de que al joven profesor o investigador se le aprobaba la tesis cuando realmente estimaba la escuela que estaba ya madura, que era un trabajo de investigación primerizo ciertamente, pero serio y bien hecho. Y luego venía la oposición a cátedra. Hay que tener en cuenta que entonces se opositaba directamente a cátedra. No había esos estadios intermedios que hay ahora, como son las titularidades. Entonces, tras ser normalmente ayudante y profesor auxiliar, se opositaba a cátedra. Pues bien, al candidato se le permitía opositar, tras haber comprobado previamente su madurez científica. Era algo que daba una cierta seguridad. Mientras no estabas maduro no era aconsejable opositar. Cuando la escuela decía: «ya puedes presentarte a cátedra», era porque habían comprobado los jefes de la escuela que ese joven investigador, ese joven profesor había alcanzado el necesario grado de madurez. Eso creo que es, en pocas palabras, la respuesta a la pregunta sobre la 'escuela de Hinojosa'...

P. Vd. ha mantenido durante años una intensa correspondencia con el Prof. Claudio Sánchez Albornoz, personalidad destacadísima en la historiografía del presente siglo y conocedor como muy pocos de nuestra Edad Media. Destacadísima también por su significación política y por su influjo sobre la visión de España. Dice Cicerón que la *amicitia aut facit aut invenit pares*. ¿Cuál fue su plataforma de paridad con el pensamiento del Prof. Sánchez Albornoz?

R. Hay que decir que mi relación personal con Sánchez Albornoz fue una relación brevísima. Cara a cara no pasé más que un día con él, en Madrid. En cambio la relación epistolar fue larga. Duró una serie de años. Yo conservo —creo— todas las cartas que recibí de él. Y ese epistolario de don Claudio pienso que tiene interés y que es una muestra más de la importancia que tiene esa fuente de conocimiento histórico próxima a desaparecer, que son los epistolarios. Ahora la gente no escribe cartas: habla por teléfono y manda faxes. Es muy difícil que haya posibi-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

lidades de crear epistolarios. Pienso, por ejemplo, en la antigüedad. Nos queda el epistolario inmenso del Papa Gregorio Magno, cientos y cientos de cartas suyas: desde asuntos de gobierno de la Iglesia hasta cuestiones personales como el hablar de los dolores de la gota que le estaba afectando y las confidencias que le hace a su amigo San Leandro. O epistolarios antiguos de escritores eclesiásticos como San Cesáreo de Arlés o San Braulio de Zaragoza. Pues bien, ese es el valor que tiene —yo creo— el haber podido todavía mantener una correspondencia bastante extensa con don Claudio.

Don Claudio era evidentemente un maestro. Era un maestro nato. Yo pienso que era un hombre que sembraba y recogía de su saber allí donde estuviera. A mí me parece que es un auténtico milagro lo que hizo en Argentina desde el punto de vista científico. Crear en Buenos Aires una escuela de Historia Medieval española, algo que está tan lejos de lo que parece que puede ser el interés del mundo universitario argentino, es algo que solamente un hombre de su talla, un hombre de su terquedad, de su empeño es capaz de realizar. Y efectivamente lo llevó adelante, creó una escuela, formó discípulos y publicó esos *Cuadernos de Historia de España* que salieron durante muchos años, hasta su muerte.

Las cartas tratan de muy distintos temas. Plantean a veces cuestiones históricas —recuerdo que me pedía una vez que hiciera una recensión dura contra un libro inglés sobre la España visigoda, en que el autor había descuidado casi por completo la bibliografía española—. Pero no sólamente hablábamos de Historia. También hablábamos del presente: él sentía una preocupación inmensa por la suerte de España: España era verdaderamente su gran pasión. Le preocupaba el futuro, le preocupaba la integridad de España: la unidad, ante el inicio —y el auge ya entonces— de ciertos movimientos segregacionistas en el país. Esto le atormentaba, y le inquietaba profundamente. También hablaba de sus problemas personales. Hablaba de su soledad. Su soledad en Argentina, en Buenos Aires. Su hijo estaba en Estados Unidos y sus hijas en Madrid. Él estaba solo en Argentina viviendo allí y resistiéndose a venir a España. No solamente por motivos políticos —él no quería venir mientras subsistiera el régimen de Franco—, pero creo que la razón decisiva no era ésta. Yo creo que era una cuestión personal y que el obstáculo principal era el estado de su mujer. Don Claudio, que había estado casado y había tenido sus hijos en España, luego enviudó y en Argentina se casó en segundas nupcias. Y él me decía que no le advirtieron que su mujer había estado en un sanatorio psiquiátrico. Y efectivamente al poco de casarse, su mujer volvió a enfermar: y, prácticamente en los 30 años largos de su vida en la Argentina, su mujer estuvo entrando y saliendo de una clínica, de un sanatorio psiquiátrico. El me decía que no era posible poner el mar de por medio, con una separación definitiva que fuese para él como un abandono de su esposa. Aunque a su esposa no podía generalmente ni tenerla en casa: cuando salía iba a casa de una hermana suya, donde él la visitaba

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

y la atendía... Y otro tanto cuando estaba internada. Y eso, creo yo que fue la razón fundamental de que no quisiera venir a España, de no querer dejar Argentina.

Desde el punto de vista espiritual era un hombre profundamente cristiano. Era un hombre religioso, muy religioso, un cristiano viejo y agradecido a Dios —y eso me lo decía en las cartas—. Decía que tenía que agradecer a Dios que le hubiese conservado el don de la fe en medio de una vida tan ajetreada y tan movida como había sido la suya. Siempre había sido un hombre de fe. Y en las cartas me pedía que rezase por él. En las últimas, en las de los últimos dos ó tres años, tenía ya una... —diríamos— premonición de que la muerte estaba cerca. Me acuerdo una en la que me decía: *estoy no ya con un pie sino con los dos pies en el estribo*. Y en esos últimos años siempre escribía que pidiese especialmente a Dios para él la gracia de una santa muerte. De modo que éste solía ser el final de cada carta: que pidiese para él una santa muerte. Esto es mi recuerdo y un breve resumen de mi relación con don Claudio.

P. ¿Le ha estorbado su condición sacerdotal para el trabajo universitario y científico o para conectar con personalidades de idearios opuestos a los suyos?

R. Yo me he pasado más de un cuarto de siglo en el ambiente de la Universidad del Estado y he de decir que sin la menor dificultad he sido amigo de todos los compañeros, de los colegas, de las más distintas ideologías. Hay que tener en cuenta que aquella Universidad que yo viví era una Universidad relativamente pequeña, no masificada ni en alumnos ni en profesores. Es decir, que aquel claustro era más bien reducido, lo que permitía tener mucho trato entre los catedráticos de todas las Facultades. Había varias ocasiones al año en que nos reuníamos a comer, no sólo los catedráticos de la propia Facultad. sino de todas las Facultades de la Universidad de Zaragoza. Hay que tener en cuenta que yo fui catedrático primero y sacerdote después, es decir, que me ordené siendo catedrático: a los cinco años de estar desempeñando la cátedra de Zaragoza y a los siete de haber ganado una cátedra en 1942. Fue aquel un tránsito que, aunque pudo ser un poco sorprendente, fue acogido por todos no ya con naturalidad, sino con afecto: con afecto y con muestras de profunda simpatía. Así que tengo que decir que mi condición sacerdotal —que por otra parte no oculté en ningún momento, ni siquiera desde el punto de vista del hábito externo: yo siempre fui con el traje sacerdotal a la Universidad— no supuso nunca una barrera. Creo que tuve verdadera amistad con todos los profesores de entonces. Muchos han desaparecido; quedan algunos. Y esos que quedan... me reúno con ellos, voy a verles cuando vuelvo por Zaragoza. Quiere esto decir que la amistad forjada hace cuarenta o cincuenta años se mantiene todavía viva.

P. Ha dicho Vd. en alguna ocasión que don Ramón de Abadal —ilustre figura de la historiografía sobre el Medievo catalán— y don José María Lacarra —colega suyo en la Universidad de Zaragoza— fueron tal vez quienes mejor le en-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

señaron a *comprender* la historia. *El arte de comprender la historia* es asimismo el título de un trabajo suyo de 1984. ¿Cómo comprende Vd. la historia? ¿Es para Vd. una *forma mentis* para acceder al conocimiento del Derecho? Qué relaciones tiene con la Teología? ¿Es una ciencia autónoma o, tal vez, es *ancilla Theologiae* o *ancilla Juris*?

R. A mí me parece que comprender la historia es algo distinto de llegar a tener una erudición vastísima y de publicar trabajos llenos de datos, cuajados de noticias, repletos de citas. La comprensión es otra cosa. Para un medievalista, comprender la historia significa llegar a situarse en la Edad Media, como un contemporáneo. Es decir, entender, o tratar de llegar a entender a los hombres de aquellos siglos: sus sentimientos, sus pasiones, su mentalidad, su circunstancia vital y familiarizarse con su ambiente. Esto es lo que yo llamo llegar a comprender la historia, un período de la historia, un período del pasado. Y esto es lo que yo admiré siempre en esos dos grandes maestros de que me has hecho mención. Ellos tenían como una especie de sexto sentido para entender el Medievo. Los dos eran medievalistas. Es cierto que sabían muchísimo y uno podía fiarse totalmente a ciegas de sus opiniones, de sus respuestas. Porque además, como eran verdaderos sabios, no pretendían encubrir nada, ni tampoco saberlo todo. Es decir, tenían la virtud —que es humildad intelectual— de responder con toda sinceridad..., si hacía falta, que... eso... que no lo sabían..., que eso no lo recordaban. No era para ellos importante no poder responder a una pregunta. En todo caso tendrían que buscar..., tendrían que recordar y que dejar para más tarde una respuesta sobre un tema concreto.

Yo creo que se debe tener muy en cuenta que los verdaderos maestros y 'los que dominan la materia' no son los que lo saben todo, sino los que saben dónde hay que buscar las cosas: ahí está el secreto. Lacarra, don José Mª Lacarra, era un historiador navarro, y fue amigo mío íntimo durante muchos años. Era un compañero ejemplar, un gran historiador y un excelente amigo. Compartí durante muchos años su amistad y me beneficié de su gran sabiduría en la Historia Medieval; y luego me tocó también acompañarle en los últimos años de su existencia, acompañarle lo mejor que pude en la penosa decrepitud del final de su vida, intentar animarle, tratar de alentarle durante aquellos años finales en que no podía ya dedicarse al trabajo científico, en que la cabeza no le respondía, y hacerle ver que aquel era un tiempo importante de su vida, un período valioso de su existencia.

Con Abadal tuve menos trato que con Lacarra por una razón muy sencilla: y es que Abadal residía en Barcelona y, por tanto, nos veíamos con menos continuidad. Abadal, es interesante recordarlo, nunca fue profesor. No fue catedrático ni profesor de Universidad. Abadal fue plenamente historiador. Era un gran señor, un hombre de una antigua familia catalana con gran proyección social y política. Los Abadal —en efecto— no solamente tenían un gran peso en la sociedad, sobre todo de la comarca de Vic, sino que además hubo varios políticos importantes en su familia. Él por razones de salud tuvo que dedicarse mucho tiempo —años— a

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

trabajar en silencio y en soledad. Cuando yo le conocí era ya un hombre mayor, había superado los problemas de salud de su juventud, y tenía ya una gran labor hecha.

Hay que tener en cuenta que hasta entonces —hasta don Ramón de Abadal—, la Real Academia de la Historia nunca admitió como Académico Numerario a un no residente en Madrid. La residencia en Madrid se exigía para ser académico de número. La primera excepción se hizo con Abadal. A Abadal se le recibió como académico de número rompiendo las reglas de dos siglos. Y siguió viviendo en Barcelona que es donde residía aunque iba con frecuencia a Madrid para asistir a las sesiones de la Academia. La obra principal de Abadal son ciertamente los estudios sobre Cataluña en su etapa carolingia. Publicó su diplomatario, la edición crítica y el estudio de todos los diplomas de la época carolingia de Cataluña.

Y todavía unas palabras sobre el último punto de la pregunta: yo pienso que la historia no es 'ancilla' ni de la Teología ni del Derecho. En todo caso —luego, quizá, haré una apostilla más— podría ser, en cierta forma, sirviente de la Teología de la Historia; pero no de la Teología a secas ni del Derecho. Tiene entidad propia.

P. Vd. conoce como pocos la Edad Media hispánica. Yo he comprobado cómo los ilustrados españoles del XVIII intentaban retornar al Derecho hispano visigótico como a una edad despierta, de la cual hacían incluso bandera de autenticidad nacional. Por otro lado Berdiaef en su libro *Una Nueva Edad Media* postula la necesidad de un nuevo Renacimiento sobre las bases perdurables de un humanismo que la Cristiandad medieval supo captar. No se trata de una reacción, ya lo dice él; se trata de conectar con lo perdurable: «No se vuelve a lo que en el pasado es demasiado temporal, demasiado corruptible, pero puede volverse a lo que en él hay de eterno». ¿Qué opina Vd. al respecto?

R. Los ilustrados españoles —pensemos en Capmany, pensemos en Martínez Marina; y, ya un poco más tarde, en Muñoz Romero— realmente tuvieron, no digo la obsesión, pero sí la ilusión de la Edad Media. La ilusión de enlazar con la Edad Media. Yo creo que eso era porque ellos intuían que en la Edad Media es donde podían encontrar las raíces auténticas, las raíces genuinas de España. Sin duda la Edad Media era mucho más auténtica que la España de la época del Despotismo Ilustrado en que ellos nacieron y en la que ellos todavía tuvieron que vivir. En la Edad Media —pensaban— había una representación popular y genuina de lo que era una sociedad estamental como aquella. La *Teoría de las Cortes* de Martínez Marina, su *Ensayo sobre la Novísima Recopilación*, estaban en esa línea. Aquellos ilustrados piensan en instituciones que consideraban representativas, como las Cortes o los famosos Concilios de Toledo —que ellos ven como los precursores de las Cortes medievales—. Ven también y descubren que el municipio es una entidad vi-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

va, una comunidad original con órganos de autogobierno: y ven todo esto en una época de Despotismo Ilustrado, cuando la falta de intervención de la sociedad había llegado a cuajar en aquel principio de 'todo por el pueblo, pero sin el pueblo'. Yo creo que ellos pensaban que había que tratar de descubrir y de acomodar al nuevo tiempo, a la nueva época aquel espíritu medieval por el cual el pueblo, la sociedad intervenía y actuaba en la vida pública, en la vida de las instituciones, desde el municipio hasta las de rango superior, como podían ser las Cortes. Pienso por tanto que es la búsqueda de una autenticidad social y representativa lo que les conduce a la Edad Media. La búsqueda de unas instituciones que pudieran ser en el final del siglo XVIII lo que habían podido ser en los siglos XII-XIII las instituciones medievales. Quizá había un poco de ingenuidad. Puede ser que sí. Ingenuidad prerománticа. No olvidemos también que luego la Ilustración conduce al Romanticismo y el Romanticismo es una época en la cual se revalida y se actualiza el valor de lo medieval y la gente se apasiona por la Edad Media. En eso, yo creo que los ilustrados nos dan una lección. Y es que no hemos de pensar que las formas actuales de la vida pública sean definitivas. Hay en el pasado —como pensaba Berdiaef— algo eterno, que puede permanecer, que puede seguir siendo actual, seguir siendo hodierno. Lo cual quiere decir que debemos tratar de ver cuál es ese 'semen' eterno que hay en el pasado y que puede ser aplicable, o que puede ser un acicate para vivir el siglo XXI, que puede servir para alentar y para inspirar la época que nos toca vivir o que les tocará vivir a los hijos y los nietos de los hombres actuales.

P. No hace mucho leía yo los breves estudios de Eliot sobre la *Christianity*. Atribuye él al liberalismo una función crítica, beneficiosa en tanto en cuanto ha barrido con su viento las hojas y ramas muertas. El liberalismo, sin embargo, no es —según Eliot— una corriente feraz: ha disminuido la sensibilidad sociopolítica que sostenía las cristiandades y no ha sustituido con nada sólido y perdurable. En este sentido si la cristiandad no ha sido sustituida sino sólo empalidecida, las sociedades europeas siguen siendo —de algún modo— sociedades de cristiandad o —como única alternativa—sociedades paganas. Pero este dictado «pagano» suele molestar mucho. Vale recordar la reacción de tantos ante el documento episcopal español sobre la moralidad pública de hace unos pocos años. ¿Qué diría Vd?

R. Bueno... Es un tema muy complejo. A mí se me ocurre que efectivamente tiene razón en el sentido de que el liberalismo no ha sido feraz, en cuanto que no ha creado razones sólidas y perdurables. Ha destruido, ha ejercido una crítica implacable —y seguramente también fecunda— en deshacer cosas que no eran válidas ya. Puede ser que haya sido más útil desde el punto de vista de la crítica negativa que de la eficacia constructiva. Es evidente que el hombre de la cristiandad medieval estaba —yo diría— más arropado que el actual. El de la cristiandad medieval y de la moderna, porque puede decirse que la época de la cristiandad ha subsistido hasta hace poco, por lo menos desde el punto de vista de las mentalida-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

des y de la propia organización de la sociedad. Pues bien, esa cristiandad medieval y sus secuelas modernas y contemporáneas constituían un habitáculo mucho más humano para el individuo que ese ambiente —yo diría— de abandono a vivir, dejado a sus propias fuerzas, que ha sido el fruto del liberalismo. El idealismo racionalista al desintegrar, al deshacer un entramado social protector..., y el liberalismo del XIX, en todo caso, por su falta de eficacia creadora, ha dejado al hombre —yo diría, que casi a cuerpo limpio— a la intemperie. Pese a que la sociedad del bienestar parece que rodea la vida humana de nuevos alicientes antes insospechados y que también es verdad que el nivel de vida ha mejorado de modo indudable, yo pienso que el 'Estado-Providencia' —al cual todos nos hemos ido acostumbrando y que la gente insensiblemente lo ve como un gran bienhechor—, ese 'Estado-Providencia' quizá un día se deshaga por su misma fragilidad. En la propia Suecia —donde el Estado cubría, casi todo— está ya haciendo agua y teniendo que renunciar a una serie de ventajas y de servicios que hasta ahora podía procurar al individuo, pero que cada vez es más difícil ofertar: porque ya no hay quien pueda sostener un Estado tan caro. Y, aparte de esto, el 'Estado-Providencia' no puede suplir, no debe suplir a las sociedades intermedias y de modo muy especial a la familia.

Yo pienso en el terreno de la familia —que tanto interesa al Papa Juan Pablo II—. La regeneración de la familia como célula social viva no solamente tendría que hacer referencia a la 'familia, digamos, nuclear' —al matrimonio y a sus pocos hijos o a su único hijo—; sino que tendría que alcanzar también a la 'familia amplia'. No sé como será posible en el mundo de hoy, pero ¡qué duda cabe que el hombre estaba mucho más amparado cuando también existía la familia grande, la cual en cierta forma le cobijaba! El hombre no es una isla en un océano. El hombre no es tan sólo miembro, partícipe de una generación, sino también pertenece a una familia, a un linaje. La importancia del linaje que en otros tiempos aparece bien patente. Recordemos el caso de Cristo: los Evangelistas consideran importante que figure en los Evangelios el linaje de Cristo como hombre. Y hasta conocemos el entorno familiar, no sólo la Sagrada Familia, sino la familia menos sagrada: los parientes, el círculo parental que rodea al Hijo de Dios en la tierra.

Sí, la verdad es que Europa, América, lo que tienen de vivo en su tradición social, lo deben al cristianismo. Y la alternativa a la sociedad secularizada —no la llamemos pagana si les molesta a los demás, sino sencillamente sociedad secularizada—, no puede ser más que una sociedad que integre y tenga muy en cuenta las células menores, las sociedades intermedias. Que todo no sea el Estado, que todo no sea al nivel del Estado ni del 'Super-Estado' —como podría ser cierta 'unión europea' o una 'Europa sin patrias'.

Por otra parte, tengo que decir una cosa; y es que a mí me parece que estamos viviendo una época anti-histórica. La historia no está de moda, aunque lo estuvo, estuvo en boga. Yo he conocido tiempos en que la historia estaba de moda. Ahora en cambio están de moda entre los jóvenes y los menos jóvenes otros deri-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

vados científicos: está de moda la antropología, está de moda la psicología, la sociología..., pero no la historia. Parece que lo de ayer no interesa ya. Insisto en que la historia estuvo de moda en el siglo XIX. Hablábamos antes del Romanticismo: el Romanticismo descubre otra vez la Edad Media frente al seco y adusto racionalismo cartesiano y poscartesiano del siglo XVIII. Se vuelve otra vez a buscar las raíces. La escuela histórica alemana y la francesa y la española son escuelas que están científicamente de moda durante el siglo pasado y en la primera mitad de este siglo; sin embargo ahora los estudiantes de Bachillerato no aprenden Historia... no se les enseña Historia. Parece que se les priva de las raíces..., con lo cual les falta todo sentido de orientación en la vida. En España concretamente —que es lo que tenemos más cerca—: parece como si la Historia en España perdiera importancia con la democracia. La España pre-democrática no interesa, como no sea en algún aspecto muy concreto. Hay muchos chicos que ahora ya casi no saben ni quién era Franco. Veinte años atrás parece una lejanía que a ellos ya no les importa ni son capaces de llegar. Antes, parece como si sólo existieran los tiempos oscuros. Un poco la mentalidad de los humanistas del siglo XVI, que inventaron el término 'Edad Media', mil años de oscuridad que no interesan. Es un grave error. Yo creo que los pueblos han de tener pasado, no han de abjurar del pasado, han de aceptarlo con sus luces y sus sombras. Y no tener la ingenuidad de querer empezar eras nuevas. Unas eras nuevas como hizo por ejemplo la Revolución Francesa cuando trató de empezar de la nada, cambiando hasta las fechas del calendario, hasta los nombres de los meses del año y los días de la semana, para que no quedase rastro de los siglos del pasado.

P. La clave de la historia ¿está en la historia misma —es intrínseca a ella— o es una clave heterónoma? Relación sapiencial entre la Historia y la Teología de la Historia. El espíritu de verdad.

R. A ese punto hacía referencia antes: el de la sustantividad de la Historia. Sí, la Historia tiene sustantividad propia. Yo aludía ya a que —a mi jucio— tal vez la única servidumbre que la Historia puede prestar es a la Teología de la Historia. La Historia suministra los hechos, las realidades del pasado; y la Teología de la Historia trata de comprenderlo, de entender a la luz de la Fe el sentido de esos hechos y acontecimientos. Hasta donde sea posible, trata la Teología de la Historia de descubrir los designios de Dios. Digo hasta donde sea posible. Está escrito que *mis caminos no son vuestros caminos* y por tanto muchas veces será imposible entender la historia de un período o la historia en general. En ciertos momentos, creo que no solo ya la Historia, sino la experiencia histórica propia es el fundamento angular de la Teología de la Historia.

A mí me parece que tiene mucho mérito Paulo Orosio cuando escribe su *Historia contra los paganos* y concibe este gran tratado con un espíritu —diríamos— optimista. Mira el futuro con optimismo, como un futuro que será para bien. A mí me admira, y pienso que tiene mucho mérito, si pensamos que Paulo Orosio

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tenía una experiencia personal de haber tenido que escapar a uña de caballo de los bárbaros y embarcar en una nave que le condujo al África latina donde su maestro Agustín le esperaba. Paulo Orosio podrá escribir así ese *Adversus paganos* donde llegará a decir que, viendo las cosas con ojos de fe, los tristes acontecimientos que desconciertan a los hombres de su época encierran a sus ojos una expectativa de futuro y una promesa de luz. Él dice que, aunque hayamos sido maltratados, arruinados, aunque hayamos perdido nuestros mismos bienes materiales, qué duda cabe que esto es algo que merece la pena sufrir, en comparación con el hecho de que todas estas naciones lejanas y externas, ajenas al cristianismo hayan tenido ocasión, a costa de nuestros propios sufrimientos y de nuestra ruina, de entrar en contacto con el Evangelio y de conocer la Iglesia.

A San Agustín le tocó también esa misma suerte: tratar de entender lo que estaba pasando. San Agustín escribió *La Ciudad de Dios* con el intento de comprender el momento que él vive, pero la escribe desde un refugio relativamente seguro. Él estaba en África y el Mediterráneo le separaba de los bárbaros, le separaba de Roma —del saco de Roma— le separaba de todas las tragedias que estaban ocurriendo en Europa. Pero estoy seguro de que la experiencia práctica que tuvo que vivir San Agustín más tarde sería un buen complemento, un buen apéndice para su *Ciudad de Dios*. San Agustín muere en Hipona sitiada por los vándalos. Esos vándalos que él ha visto a lo lejos —en Hispania, en Italia, en la Galia— pasaron el mar, llegaron a África hasta las puertas de su misma ciudad; y allí, también él tuvo que vivir los últimos tiempos de su vida, teniendo una última experiencia, que fue su contribución de sufrimiento personal.

P. Qué me diría sobre el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y Mons. Del Portillo como hombres de historia.

R. Yo creo que el Beato Josemaría tenía un profundo sentido histórico. Él percibía perfectamente la dimensión histórica de los acontecimientos que se estaban desarrollando en el curso de su vida, en la historia del Opus Dei. Y buscaba que quedase constancia de esos acontecimientos cotidianos de cara al futuro. Tenía la preocupación de que en el futuro se pudiese hacer la historia. Porque a unos les toca hacer la historia, que otros más tarde tendrán que escribir. A él le tocó sobre todo hacer historia. Un detalle muy característico de ese sentido histórico es esa preocupación que tuvo —y que se llevó adelante— de que en todos los centros del Opus Dei del mundo se escribiera día a día un diario. Un diario, que es la crónica de la vida cotidiana, escrita en el momento que ocurre cada acontecimiento, cada suceso. Recuerdo —y me parece significativo ese recuerdo— que cuando en 1942 yo marché a Roma con Salvador Canals, él nos hizo una recomendación —que más que recomendación era un mandato—: «desde el primer día escribid un diario». Y eso que no éramos más que dos, y dos muchachos jóvenes. De modo que él quiso que desde el primer día escribiésemos nosotros mismos la crónica de los acontecimientos que íbamos a vivir en Roma. Después he tenido la suerte de poder

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

comprobar la utilidad de esas fuentes: he podido experimentarlo cuando he tenido, no digo que 'hacer la historia', sino que escribirla. Estoy hablando de la historia de los primeros años de la vida del Opus Dei y puedo acreditar que la existencia de esas fuentes me ha sido de enorme utilidad. Y esas fuentes existen porque el Fundador de la Obra quiso que existieran, porque hizo que se conservaran.

En cuanto a don Álvaro, todos sabemos que era un técnico en razón de su formación originaria —era Ingeniero de Caminos, y luego un buen Canonista, un Teólogo—, y que escribió poca historia. Hizo mucha, pero escribió poca. Pero la historia que escribió es una historia muy bien hecha. Yo me remitiría al trabajo de Valentín Vázquez de Prada publicado en el volumen IV de «Anuario de Historia de la Iglesia» y que es el estudio de don Álvaro como historiador. Y es que ese libro sobre las exploraciones y descubrimientos en las costas de California es una obra importante que ha quedado como una aportación fundamental para el conocimiento del descubrimiento y colonización de América.

P. Ya no le voy a entretener más. Una pregunta que pueda ser un colofón. Se la sugiero: sobre la grandeza y riesgo del oficio intelectual.

R. Esa pregunta creo que es además el título de un libro. He de decir que a lo largo de mi vida he tenido relación con muchos intelectuales y pienso que la grandeza fundamental del oficio intelectual es precisamente que es el oficio en que más se pone en juego la inteligencia humana, que es un destello de la inteligencia divina. El hombre trabaja con la inteligencia. El intelectual se dedica a ello. Yo creo que no puede haber grandeza mayor.

Por otra parte —también en defensa de los intelectuales y hablo especialmente de los universitarios— quiero poner de relieve algo que les honra, y es, generalmente, su desinterés por las cosas materiales: por el dinero, por la ganancia material que para otros hombres es la razón principal o única de su dedicación profesional, aunque sea con el noble fin de mantener una familia o de formar un gran patrimonio. Los intelectuales suelen en esto ser desprendidos, porque son hombres que con su capacidad podían haber tenido y desempeñado profesiones mucho más lucrativas, llevar una vida mucho más cómoda —yo diría—, mucho más opulenta. Esto creo que dice mucho en su favor. Y el hecho es que las conversaciones de los intelectuales —pienso por ejemplo en las salas de profesores de la Universidad, en las cuales yo mismo he vivido día a día durante muchos años— eran conversaciones de una altura que difícilmente se encuentra en otros ambientes. No se trata de una afirmación pretenciosa, ni de querer estar por encima de los demás; pero es que los temas que les preocupaban eran, de ordinario, temas importantes y especialmente nobles —en el sentido de la nobleza propia del oficio intelectual—.

El riesgo —la otra cara de la moneda— está a mi juicio en la soberbia, en la presunción. Ese endiosamiento que es tentación peculiar de los intelectuales. Entonces es cuando se produce el falseamiento y la —diría— frustración del oficio in-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

telectual. Es cuando se cumple aquello del Evangelio: *si tu ojo se torna tenebroso*, se torna turbio, entonces todas las cosas se vuelven oscuras también. Y por eso hay gente sencilla con mayor capacidad de entendimiento de las cosas más altas, de las cosas de Dios, que hombres con una inteligencia soberbia. Y es eso un eco práctico de aquella noticia evangélica de la oración de Cristo, en que da gracias al Padre *porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños.*

Sí, yo pienso del oficio intelectual que tiene una grandeza inigualable. Pero para ser efectivamente positivo y para dar todo su fruto, requiere también humildad intelectual. Si el universitario, el científico, es intelectualmente sencillo y abierto, si no pretende ser presuntuoso, si no se vuelve ególatra, entonces, qué duda cabe, el oficio intelectual es seguramente el más noble de todos los oficios.

* * *

Corren los primeros días de junio y al salir de la biblioteca, ya en el vestíbulo, me envuelve el alegre bullicio de los jóvenes universitarios. Una brisa agradable mitiga ya a estas horas la justicia del sol de Navarra. Mientras camino, me viene a la memoria lo que decía el Prof. Ramos-Lisson hace algunos años en la semblanza que abre el volumen *Hispania Christiana. Estudios en honor del Prof. José Orlandis*: «es además un gran amigo de sus amigos. Los que participamos de su amistad nos sentimos especialmente honrados al poder disponer de una parcela de su intimidad, en donde la deferencia, la mesura y el afecto ejercen un benéfico influjo sobre nosotros».

Enrique de la Lama
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei